

# Generosidad

*Cuidar es una palabra que da miedo,  
cuidar es una palabra que no entendemos.*

BRUNO MONTANÉ

Lo alimento día por medio, no lo he domesticado ni lo domesticaré, pero es pacífico, no da mayor trabajo. Hoy es el día del padre y he entrado a su pieza a saludarlo.

Mi regalo no es ninguna maravilla, sin embargo es un regalo: un poco más de agua en el caldo y otra mitad de pan en su ración.

Le ayudo como siempre a sentarse, le acomodo la mano mala en el regazo y le pongo en la mano buena la cuchara. Luego, mientras leo en voz alta, lo observo o escucho comer. Tuvo suerte de que coincidiera el día del padre con el de su comida.

—Padre, feliz día.

Él sabe que lo odio, que lo odio con toda el alma; él me odia también y es así que todo lo que sabemos con absoluta certeza es esto: nos odiamos, el odio existe.

Le leo las noticias, quiero que sepa que estamos en junio del 2010, que hay un gobierno de derecha, que

después de veinte años hay uno, cosa que podría alegrarle o consolarle, pero en su estado es improbable que le alegre y, todavía menos, que le consuele. Morirá y será olvidado rápidamente. Todo lo que me demore yo en hacerlo. Aun cuando sé que llegado el día haré las llamadas y papeleos que estipulan las normas y regatearé en una funeraria el precio del ataúd de rigor, hace tiempo que me solazo en la idea de irme al patio a cavar su tumba. Un par de paletadas diarias. Para qué más. No levantaría sospechas.

Algunas veces se lo cuento, aunque sé que de nuevo, dado el limitado contexto que como individuos representamos, el discurso de la escena omitirá cualquier gesto de su parte y se remitirá a dar cuenta del caldo y el pan.

No me engaño, sé que en el fondo sigue siendo el ganador: soy yo quien debe limpiar su mierda y sus meados. Para mí es sólo el precio que hay que pagar. La espera, la espera. Su mierda ya ni siquiera hiede y sus meados ni siquiera exudan vapor. Echo sus fecas en una bolsa de nailon, las adrezo con su pichí y se las doy de alimento a los perros de la calle. Los he visto oler el contenido de la bolsa, acaso no les guste del todo esa constancia tan humana, pero terminan comiendo, al menos una parte. Son animales con hambre, pobres bichos de la calle. Mi padre es un animal con más suerte: al menos tiene quien lo atienda, al menos hay alguien en el mundo que, si bien lo alimentará día por medio, no lo dejará morir de hambre.

Le leo un artículo en que se habla del mundial de fútbol. Se informa que el presidente y otras autoridades

verán los partidos de Chile junto a los damnificados del terremoto. Para ello instalarán una carpa de circo. Me pregunto por qué tenía que ser una carpa de circo. Me lo pregunto en voz alta, mientras él, como si de una alegoría chilena se tratase, mastica un pedazo de pan. Claro está, él no es una alegoría sino un animal chileno: uno sin gracia, una bestia no domesticada pero que parece domesticada e inofensiva. Una mañana vendré a darle su comida o a quitarle los pañales, limpiarle el culo atestado de escaras, y estará absolutamente muerto. Esa es la idea. Está viejo, enfermo, débil, y sé que no puede durar mucho más. Será mi premio, uno que ya disfruto pese a la lentitud de estos días. La espera, la espera.

Ahora le leo un reportaje en que se transcribe la opinión de diez personas. Absolutamente todas dicen sentir que la clase media chilena está desprotegida. Lo llamativo es el dato de que la totalidad afirme ser de clase media. Mi padre da los últimos sorbos a su alimento, cabeza gacha, concentrado en capturar unos fideos y una tirita de pimienta que se le escapan entre el poso de sopa. Las opiniones de algunas de las diez personas de clase media se presentan acompañadas de sus respectivas fotos: imágenes muy distintas para mostrar a personas que se creen muy parecidas entre ellas, afirmación que en todo caso suena a barbaridad. Ninguna persona de clase media se cree parecida a las demás.

Una señora sale bien afirmada a su cartera de clase media —más bien un bolso como de pan— metida

debajo del sobaco; un joven asoma la cabeza por la ventanilla de su camioneta, que debe ser su orgullo de clase media; un chofer de colectivo, de unos treinta y algo, fue captado en el momento en que se seca con el antebrazo el sudor de la frente y se entiende que es un sudor de clase media; una joven, que señala estar recién salida de la carrera de enfermería, mira de manera directa y seria hacia la cámara, acaso para que uno repare en su esfuerzo de titulada de clase media; una mujer que debe estar cercana a los cuarenta (cómo saberlo, en cualquier caso una mujer con claridad lejana de los veinte) aparece en un paradero, donde es bastante posible que esté esperando micro, como es muy posible que espere muchas cosas o sólo algunas cosas más, cosas que nunca sabremos, y viste un vestido floreado sin mangas, que permite ver sus hombros redondeados, quemados por el sol, uno que por fortuna alumbra sobre todas las personas de clase media, quema a buena parte de ellas, y si hay algo que la señora sabe es que es una mujer de clase media; hay la opinión de un tipo de veintiséis años, cuya foto no aparece, aunque es de imaginar que se trata de un joven muy delgado, que muestra su semiperfil de clase media y lleva unos lentes que no dejan ver sus ojos, lo que tal vez haya que agradecer, pues es factible que sean unos ojos sólo instrumentales, útiles aún para mirar, si bien sin mayor profundidad, o es probable —digamos nunca descartable— que sean unos ojos abiertamente estúpidos, por lo menos en el momento y lugar en que se le podría haber tomado una fotografía, qué sé yo, ojos que no se

ven aunque, es de suponer (como no hay fotografía, todo es una suposición), están debajo de una incipiente calva de clase media; un cincuentón de terno, que dice ser ejecutivo bancario y que habla con la pobreza idiomática de un catálogo de césped para el patio, sale mirando hacia abajo, como si quisiera comprobar, mientras opina, que allí siguen sus zapatos de clase media.

Aparto por un instante la mirada del diario y observo a mi padre, con una gota de sopa que se descuelga lenta y espesa por los menguados pelos de su barbilla: en el interior de esa gota presumo el reflejo de esta habitación, completa en ese ínfimo espejo circular, y adentro de esa habitación nosotros, inmensamente miembros de la clase media. ¿Somos también de clase media?: sí, sin duda alguna.

Las restantes fotos —de una empresaria, un ingeniero civil y una profesora que hace horas de clases en un liceo y una universidad— parecen ser simples fotos de carné mal recortadas y son acaso las más honestas, lo cual es evidente considerado el contexto que refieren, la desprotección que afirma sentir la clase media, o sea, esas tres fotos sí merecen llamarse “ilustrativas de la situación”.

Termino de leer la página del diario, me yergo y le quito el plato y los restos de pan. Se queda con la cuchara en la mano, sin rezongar, de hecho nunca ha protestado y, aunque quisiera hacerlo, ya no puede: hace un tiempo que ha perdido la voz y comenzado a mostrar los signos del pie diabético. A través de ese hedor de la putrefacción y la necrosis, un hedor que semeja a veces una mezcla de

cera y carne chamuscadas, la diabetes se allega a avisarme que está de mi parte. Le quito también la cuchara, le meto nuevamente las manos debajo de la colcha. Miro los pelos de su bigote y barba, que a estas alturas apenas crecen.

Apago la luz y salgo. Ahí queda, como siempre, echado de espaldas, mirando con cara de imbécil el cielorraso.

Anoche releí unas páginas de Kafka. La anécdota, aunque está mejor relatada en sus *Diarios*, es esta: Franz camina por una calle para nada kafkiana, una calle que no conoce —¿una calle latinoamericana?, no, ¿una calle chilena?, puede ser, podría ser—, una calle muy normal, valga decirlo, con algunos niños saltando y corriendo en un parque cercano, al tiempo que sus madres o las nanas de sus madres los observan desde cierta distancia. Franz va en busca de putas. Casi al llegar a una esquina, ve un pescado muerto en medio de la calle. Sólo lo observa durante una fracción de segundo y se dice en voz alta:

—Lo que no podré escribir sobre esa milésima de segundo, es la prueba de mi fracaso como escritor y como ser vivo.

Luego sigue su camino, mientras omite pensar en el pescado. Pero el pescado le habla, le dice oye, amigo, ayúdame a pararme, tómame de los brazos y ponme de pie, por favor. Franz desanda algunos pasos. A Franz no le da miedo que un pez hable y que, además, *le* hable; le llama la atención que el pescado hable de brazos, de que

lo tomen de los brazos y lo alcen. Esas criaturas no tienen brazos. De hecho el pescado allí tirado carece de brazos. Franz sonríe, Franz sol a en su vida —no así siempre en sus biografías— sonr er bastante, y le dice al pescado que no sabe cómo ponerlo de pie. Es más —dice Franz—, t  no eres un pez, eres un pescado y uno ya muerto. Añade que por regla general los pescados muertos cumplen con las normas seguidas por el resto de los que cesan de existir, es decir, pasan a ser nada, por un rato son sólo restos, luego otra vez nada. Lo siento, no puedo ayudarte, amigo, concluye Franz. El pescado lo maldice. El pescado muerto resulta ser muy vulgar. Lo maldice más de una vez. Franz se encoge de hombros, vuelve a sonr er, pues él —como hemos dicho— sonr a bastante a lo largo de su vida real, y finalmente sigue su camino. Es probable que la puta ya lo espere. Hace frío, lo normal, nada que una buena fricción de manos no mitigue. Franz intenta acelerar el paso y ciertamente lo hace. De pronto tose y no es una tos normal. Franz lo comprende de inmediato: la tos es distinta. Todo al parecer empezó, según Franz, a ser distinto para él desde aquel día. Hasta aquí la an dota, al menos como prefiero recordarla.

También mi padre ha empezado a toser y yo mismo he empezado a hacerlo. Y siento ruido de ratas cerca de la cama y tengo miedo. Es sólo el ruido, no las ratas. Nunca son las ratas, es el ruido de sus labores lo que asusta.

Pese a los años transcurridos, me parece que anoche nom s mi padre había insistido en contar la historia de una vieja en el campo, una vieja completamente sola,

aislada del mundo en el invierno del sur, y que cayera muerta de repente al lado de la puerta de su casucha, sin alcanzar a cerrarla por completo, probablemente de regreso de alimentar a sus ovejas. Pero no es posible que haya sido anoche, porque anoche mi padre dormía o intentaba dormir, en la pieza de al lado, tullido, forzosamente mudo, tal vez soportando por un largo rato la hinchazón de su vejiga, antes de soltarse, como cada noche, por completo, con ese chorro denso, porque yo sé que es denso, lo adivino cuando escucho el ruido pesado de las gotas al caer al piso. En la historia, la vieja llevaba más de dos semanas muerta cuando llegaron los policías, entre ellos mi padre, el suboficial Lezama. *Ya las ratas habían hecho su trabajo*, exactamente así lo decía siempre en casa, cuando nos contaba, a mi madre y a mí, aquella historia que llegué a saber de memoria, una y otra vez repetida en consonancia con sus días de alcohol. Aquellas jornadas de borrachera se hicieron habituales luego de ser dado de baja. Su última destinación fue la ciudad de Chillán, donde lo encontró la mitad del periodo del primer gobierno de transición democrática.

Años antes, en 1976, en las noches de 1976, yo debo haber dormido y soñado con lo que sueña un niño de seis años, es decir, el juego del siguiente día; mi padre, en cambio, durante una de aquellas noches, salió a trabajar y en medio de sus labores detuvo a dos jóvenes. Seguramente hubo para él más noches de labores simila-



res. No lo sé, aunque sobre todo no lo desecho. Durante la pubertad recuerdo haberlo oído hablar de ello con algún colega de los que solían visitarlo en casa. O fue que lo oí hablar de otros “procedimientos”, que era la palabra que a él le gustaba usar. Lo concreto es que llegados los noventa lo procesaron por la desaparición de aquellos dos jóvenes. Al menos eso deduzco al recordar un día en que llegó a casa, entró al baño, primero lo escuché cepillarse los dientes, habrá sido algo más de un minuto, enseguida el sonido del agua en el lavamanos, y oí sus gárgaras, luego una tos, distinta a la que tiene ahora, el sonido del agua escupida, después de lo cual hubo unos segundos de silencio. O es que uno tiende a designar como silencio esos escasos momentos de la vida en que es posible percibir sonidos como lejanos, aunque se estén produciendo a pocos metros o centímetros de uno.

La primera vez que oí un silencio en mi vida yo era muy niño; era invierno, estaba lloviendo y el agua cubría el vidrio de las ventanas; mi madre había salido a comprar harina cruda al quiosco de la vuelta y mi padre no se hallaba en casa; me acerqué a la ventana, pensé en pasar la mano sobre el vidrio, pero no lo hice; lo que hice fue poner una mejilla sobre él (estaba húmedo y frío) y cerré los ojos y puse atención; no entendí de inmediato a qué quería ponerle atención; luego de un momento sí lo supe: a las gotas que chorreaban por el vidrio; y pude oírlo, pude oír ese lento descenso del agua, no, de las gotas, de las gotas arrastrándose por la superficie del vidrio, deshechas, descompuestas, alargadas en esa fatigosa,

demasiado fatigosa declinación; fue tan sólo un instante, fugaz si se quiere, pero pude oírlas a través del vidrio.

Durante la permanencia de mi padre en el baño, lo que pude oír en esos segundos de silencio fue diferente: oí el insignificante crepitar del tabaco de un cigarrillo que se quema; creo que oí también el aleteo de un gorrión sobre el zinc del techo, pero no debe ser cierto; sí oí algo más, que ahora no recuerdo o cuyo testimonio estimo innecesario. Después empecé a gritar, aunque no era exactamente un grito, no uno normal al menos, sino un algo como hacia adentro, un grito que era tal vez a boca cerrada, que sólo era audible al pasar a través de los huesos y la piel del pecho. Me dirigí con sigilo, en tres largas zancadas, hacia el living, me senté y encendí el televisor. Supuse que pronto abriría esa puerta y así fue. Lo oí salir del baño, no me volteé a mirarlo, pero lo sentí mientras se acercaba y, finalmente, de reojo, lo vi sentarse a mi lado, apretarse contra mi brazo derecho y decirme al oído (fue también como un grito contenido, una voz no salida de la boca, sino a través de los huesos y la piel del pecho): “Siempre haciéndote el güeón; pero yo no soy güeón, mierda, yo te las veo hasta debajo del agua”. Acto seguido se puso de pie para irse a su pieza, no sin antes añadir esto: “En todo caso, eran dos miristas nomás”. En la tele estaban dando *Tardes de Cine* y, aunque es cierto que no recuerdo de qué era la película, juro que me gustaría acordarme de qué trataba. Lo que sí recuerdo es su aliento, una mezcla de pasta dental y algo más, algo que tiendo a pensar, ahora, que no era otra cosa que el olor de su voz.

Por esos mismos días empezaron las citaciones. Cuando lo dieron de baja no dijo nada, tampoco comentó nada, al menos en casa, cuando se le condenó a pena remitida, una blanda condena de seis meses firmando cada quince días o una vez al mes, ya no me acuerdo, pero que le significó no poder volver a la institución que tanto decía amar. Cuando empezó a trabajar de guardia en una empresa de cecinas sí dijo algunas cosas, pero no sé si valga la pena referirlas. Por esos días mi madre miraba todo desde su sitio, vale decir una distancia abarcada por sus labores habituales, que en realidad era una distancia —pero esto es idea mía— de *al fin y al cabo qué cambia para mí con esto*.

Solía reír bastante cuando bebía, aunque era el mismo cuerpo que luego, mientras yo en mi cuarto aparentaba dormir, se iba a la cama con mi vieja, seguramente se le montaba, intentaba penetrarla o de hecho lo hacía y después daba paso a una violencia que nunca entendí muy bien, pues no surgía de discusiones sino del silencio de mi madre, a quien él, mientras la abofeteaba, le exigía *¡habla, güeona!* o *¡di algo, por la mierda, di algo!*, como si le hablara a una detenida. Era antes de esas escenas (que yo escuchaba sin llorar y con los ojos abiertos, como un hombre duro en el cuerpo blando de un niño) cuando, sentado a la mesa bebiendo una copa de pisco solo, se largaba a contar lo de la vieja campesina comida por ratas. Contaba otras historias, tanto o más escabrosas, pero yo sólo recuerdo

con asco y turbación la de las ratas. ¿Qué culpa tienen esos roedores?, ¿qué culpa tiene el ruido de sus incisivos? Ninguna. Pero les tengo fobia, un nombre demasiado cándido al lado del real: miedo.

La palabra miedo es una que hiede en mi interior, una que emerge de mi boca con un hedor que ni yo mismo me atrevo a oliscar, el nauseabundo olor de mi niñez y adolescencia. Esa es la herencia más grande —y también la única— que me ha dejado mi padre. Ni siquiera tuve la oportunidad de agradecerse cuando todavía gozaba de salud. No sabes cuánto te lo agradezco, hijo de puta, eso le habría dicho cuando aún tenía voz para responderme, tal como de algún modo se lo digo al mirarlo, al leerle las páginas del diario con las fechas claras, al contextualizarle exactamente su camino al olvido, aunque sé que no me escucha o no logra entenderme o es que, así de simple, todo da exactamente lo mismo a estas alturas.

Mi madre era una mujer callada. “Es que ésta no sabe ni hablar —decía el suboficial—, si esta es una huasa que bajaron a perros del monte”.

Era efectivamente una mujer de campo, tímida, aprensiva. Y no era cariñosa, no era de gestos de esa clase, o lo era a su modo, siempre manteniendo la ropa limpia, siempre con el almuerzo del domingo delicioso, siempre solícita a los mandados o necesidades *de los hombres de la casa*, siempre preocupada de que el piso estuviera bien

barrido y la mesa despejada de migas o platos sucios, casi un estereotipo, un forzado estereotipo a fin de cuentas.

*Tú no hablas*, se burlaba él, *tú muges*, y acto seguido le soltaba en plena cara un *muuuuu* largo, rotundo, y la vieja, mientras servía o recogía un plato (no mirándolo a él sino a mí), sólo atinaba a sonreír con sus labios bien juntos, voltear primero el cuello hacia la cocina y sólo después el cuerpo entero, gesto que vi tantas veces que lo tengo grabado, tanto como ese *muuuuu* opaco, sonoramente oscuro, ese *muuuuu* luego del cual el suboficial Lezama me miraba, esperando a que también me sonriera. Yo hacía como que no me daba cuenta de nada o simplemente me quedaba muy serio —como hace él mismo ahora, tirado ahí, inmóvil en la cama, esperando a morir desprovisto de prisa—, sin cara de enojado pero serio, lo que era peor, pues el suboficial las emprendía conmigo con un seco *¿y a voh te pasa algo, culiao?*, *¿que se te quemó el fundo, mierda?*, *ya, sigue comiendo callado ahí, como los...* Sí, llegaba a ser un tipo bien vulgar.

Debo expresar que con los años lo que dijera o dejara de decir no me hería demasiado y que a mi vieja, creo, había dejado de hierirla con sus palabras mucho antes. Por eso usaba además los golpes, pero jamás en el rostro, para que después no se le vieran. Cuando se le pasaba la mano, la mandaba a la ducha. Que se duchara harto, así se tratase de invierno o verano y fuera la hora que fuese.

“Bien duchada te quiero”.

Era para que no se le notaran los moretones.

Las escaras comenzaron a hacer perjuicios irreversibles en su espalda y glúteos, por lo que he tenido que llamar al hospital y pedir una ambulancia.

Me preguntan qué relación tengo con él y contesto que es mi padre. Podría decir que soy su hijo, pero no lo hago. Al preguntarme su edad, no sé qué contestar. Calculo unos años. No se puede, eso sí, calcular su carné de identidad, que en todo caso es probable que ande perdido en casa, entre tantos papeles que acumula uno, ¿cierto? Pero doy su nombre completo y agregó detalles sobre sus problemas de salud. Los más delicados son el pie diabético y las escaras. Me hacen varias preguntas más y todas las respondo. Ante una de ellas, contesto que mis horarios me habían impedido llevarlo más seguido a controlarse, usted me entiende, ¿verdad?, no se puede llegar y faltar así como así al trabajo. Finalmente me dicen que van a ver si hay camas disponibles. Resulta ser que sí las hay. Sin que lo pregunte me detallan los horarios de visita. Sin que lo pida me hablan —pero es un somero resumen nada más— de algunos problemas de salud comunes en las *personas de tercera edad*.

El edificio del hospital que yo conocía no está en funcionamiento, al menos no por completo, pues ha resultado muy dañado por el terremoto. De hecho, ya están comenzando la demolición de todo un sector. En los terrenos aledaños han levantado un hospital de campaña, hecho principalmente de carpas, algunas pequeñas

y otras bastante grandes. Afuera de casi todas las carpas hay personas esperando, no sé si esperando entrar o esperando a que alguien salga. Como sea, algunas de esas personas tienen en sus manos papeles blancos o papeles de color verde claro o papeles amarillos. Veo a una misma persona con papeles de esos tres colores en las manos. Veo el ir y venir de ciertas enfermeras, algunas también con papeles blancos o verde claro o amarillos en sus manos, además de carpetas, éstas casi todas verde claro. La Urgencia, donde me encuentro, sigue funcionando en un ala poco dañada del edificio. Yo pensé que en los hospitales la atención estaba más mala, le digo a una de las personas que tengo enfrente, al otro lado de un mesón, un tipo joven, paramédico, con cara de aburrido pero amable. A su lado hay unas mujeres que llenan datos en unos papeles de color celeste. Agregó que me ha parecido correctísima —lo digo de esta forma: *correctísima*— la atención. El paramédico es parco:

—Las cosas han cambiado.

No digo nada más.

Al salir del hospital paso a un quiosco a ver los titulares de los diarios, compro uno, enseguida atravieso la calle, entro en un pequeño local que parece una mezcla de bazar para enfermos y cafetería: junto a la máquina de café hay unos estantes con pañales para niños y adultos, papel higiénico, toallitas húmedas, y una vitrina llena de jaleas y galletas de agua. Pido un mocaccino, le agregó azúcar, pago, salgo.

Al llegar a una esquina me detengo como quien espera un taxi o una micro, pero lo que quiero es pensar, detenerme a pensar en algunas cosas, cosas sobre las que en definitiva pienso muy poco o sobre las cuales derechamente opto por no pensar. Bebo un sorbo de café y descubro que se me ha ido la mano con el azúcar. Me pregunto qué calles de la ciudad no he recorrido hace tiempo y con ello en mente me voy caminando hacia la casa.

En relación a la muerte de mi madre, podría inventarme un paisaje idealizado de la tristeza, pero dudo que de algo sirva a estas alturas.

Tímida mi madre hasta en su muerte, un día sencillamente no abrió los ojos y se retiró a alguna parte a descansar. Esto último es, empero, un paisaje idealizado de lo triste. Pese a ello, es cierto que me figuro que murió cansada o soñando que aquel día, así de simple, quería levantarse tarde.

Y hoy, sin embargo, he imaginado que su fantasma flaco se levanta temprano, me viene a despertar, sin decirme nada me da un beso (gesto escaso en ella), me prepara un par de huevos a la copa, en verdad deliciosos. La veo abrir la ventana y mirar hacia la calle, la veo tomarse el pelo por atrás con ambas manos (brilla a la luz del sol), luego la veo soltarlo (sencillamente brilla a la luz del sol), y hasta juraría que en un momento la oigo cantar, no sé de qué canción se trata, y luego salimos con rum-



bo al mercado, tomamos un taxi, la vieja se da ese lujo, así lo imagino, compramos frutas, luego vamos al puesto del señor que vende avellanas tostadas, preparadas por él mismo en un pequeño horno; pasamos también a un negocio cuyo nombre no alcanzo a leer y en donde aún venden aquel yogur artesanal; pero lo que yo quiero es que compremos un tarro de duraznos en almíbar, en mitades, para echarles crema o para comerlas solas, beber después hasta la última gota de ese jugo que, como soy un niño, ignoro que se llama almíbar. Ya de camino a casa, a pie, me lo dice:

—Tu papá murió.

Y sigo imaginando el trayecto junto a ella, que llegamos a casa, entramos y nos dirigimos a esa pieza, lo miramos (tirado ahí como un costal pálido, casi un estereotipo), sin una sola lágrima del fantasma flaco de mi madre, ni siquiera un *muuuu*, ni de ella ni mío, y luego lo de rigor y enseguida la calma, aquella calma, hasta el día del entierro, cuando me veo nuevamente solo, otra vez de treinta y seis, parado en el patio junto al cadáver invisible de mi padre, empujándolo con un pie al agujero, a esa tumba que he inventado cavar día tras día, a dos lentas paletadas diarias, adivinándolo caer, sin mirarlo, sin mirar nada, sólo sintiendo la luz del sol de un día tranquilo, un día bastante tranquilo.

